

Prefacio

Dios está al lado de todos... y en último término está del lado de los que tienen mucho dinero y grandes ejércitos.

JEAN ANOUILH

Éste es un libro sobre el poder. Se refiere al hecho de que el poder está concentrado en manos de un número notablemente reducido de personas en todo el mundo. Analiza quiénes son, cómo se comparan con las élites del pasado y cómo se diferencian del resto de las personas. Pero, sobre todo, considera el profundo impacto que este grupo tiene en nuestras vidas y cómo modela nuestra época.

Desde luego, es difícil cuantificar el poder. La riqueza es a menudo una fuente de poder. La posición se traduce regularmente en poder. Quizá la fuente más antigua de poder sea la capacidad para proyectar una fuerza violenta. Pero a veces el poder se basa en cosas más sutiles, como el acceso o las ideas. No hay un parámetro universalmente aceptado para medir el poder, de modo que, en cierta medida, el juicio subjetivo es inevitable. Determinar quién tiene poder y quién no lo tiene se hace más difícil porque algunas de las personas más influyentes a menudo ocultan su poder o lo usan ocasionalmente. Además, sólo hay muy pocas personas que poseen el tipo de poder internacional que se aborda en este libro. Muchas de las personas que solemos considerar como poderosas, en realidad tienen un impacto muy limitado en un sentido global. Aun cuando pue-

dan parecer influyentes, sólo son figuras de importancia local o nacional.

Durante las últimas décadas ha surgido una élite global que posee muchísimo más poder que cualquier otro grupo en el planeta. Cada uno de los miembros de esta clase superior tiene la capacidad para influir regularmente en las vidas de millones de personas en múltiples naciones de todo el mundo. Cada uno de ellos ejercita este poder activamente, y a menudo lo amplifica mediante el desarrollo de relaciones con otros de su clase. La era del poder vitalicio heredado ha terminado, y ahora la influencia es transitoria para la mayoría de los miembros del grupo. Para ser verdaderamente un miembro de esta clase superior, hay que aferrarse al poder el tiempo suficiente para tener un impacto (entrar o influir en el mundo de los otros miembros de esta clase superior) al menos un par de años.

Este grupo existe y es un hecho irrefutable. Jefes de Estado, consejeros delegados de las compañías más importantes del mundo, propietarios de los medios de comunicación, archimillonarios que están activamente comprometidos en sus inversiones, empresarios tecnológicos, magnates del petróleo, directivos de fondos de cobertura, inversores en compañías privadas, altos mandos militares, una selecta minoría de líderes religiosos, un puñado de escritores, científicos y artistas famosos, e incluso líderes terroristas y jefes de las organizaciones delictivas; todos responden a los criterios antes mencionados para ser incluidos en este grupo.

La existencia de esta clase superior plantea algunas preguntas clave. La más obvia es: ¿cuál es su magnitud? Mediante el uso de los parámetros mencionados y la combinación sistemática a través de recursos públicamente accesibles, mis investigadores y yo hemos identificado a poco más de 6.000 personas que integran este grupo. Como veremos más adelante, ésta es una opción basada en valores de corte naturales, que nos proporcionan un grupo suficientemente pequeño para analizarlo de un modo racional, y suficientemente grande para abarcar a todas las comuni-

dades internacionales relevantes —de la política, la empresa, los ejércitos y el mundo de las ideas— y que representan las fuentes de poder más importantes del mundo.

La pregunta más frecuente que me han hecho desde que empecé a escribir este libro es: ¿hay una lista? Pues sí: la hay. Muchas personas me han sugerido que la publique, en parte porque la gente aprecia las listas, pero principalmente porque muchas de esas personas que son miembros de la clase superior, o aspiran a serlo, están interesadas en ver quién aparece en la lista y quién no. Pero publicar una lista semejante sería un esfuerzo vano. Un día después de ser publicada, sería obsoleta. Como he señalado antes, el poder es transitorio: muchos miembros de la clase superior reúnen los requisitos debido a las funciones que desempeñan, pero las personas van y vienen de esos puestos. Algunas se jubilan, otras mueren. Otras sufren reveses financieros o profesionales. Otras son encarceladas. Por esa razón, he intentado incluir algunas listas menores para ilustrar la naturaleza general del grupo, pero lo he hecho con la certeza de que estoy pintando un cuadro de un objeto móvil.

Algunas personas —principalmente estadounidenses— han sugerido que al usar la palabra «clase» me arriesgo a entrar en el territorio intelectualmente censurable del marxismo y la lucha de clases. Si reconocer lo que es obvio para cualquier ser humano (que las clases sociales y económicas siguen existiendo en el mundo, aun cuando la movilidad entre dichas clases haya mejorado para algunos pequeños grupos) es intelectualmente censurable, entonces estoy de acuerdo con eso. En realidad, lo acepto. Este libro, por su naturaleza, aborda esencialmente la gran desigualdad en la distribución del poder y la riqueza en el mundo. Lo que sostengo es que estamos corriendo un gran riesgo al ignorar estos problemas; en el terreno práctico, en el político y, sobre todo, en el ámbito moral.

La realidad es que la fortuna neta de las mil personas más ricas del mundo —los archimillonarios del planeta— es casi el do-

ble del ingreso de los 2.500 millones de personas más pobres. La raza humana ha hecho un gran progreso a través de los siglos, pero estas disparidades ponen en tela de juicio a nuestra civilización. Y creo que son una amenaza para su estabilidad.

Por lo tanto, éste no es un libro «contra los ricos». Admito que me fastidia la conducta de algunos de los hombres más ricos del mundo, aquellos que acumulan patológicamente una fortuna y devuelven a la sociedad el 1 por ciento de lo que reciben de ella (muy lejos del 90 por ciento que el magnate del acero Andrew Carnegie restituyó a la sociedad durante su vida). E indudablemente uno no puede menos que sentirse preocupado y a veces horrorizado por aquellos que abusan del poder político o militar, a menudo en perjuicio de los más indefensos. Pero hay muchos miembros hábiles y merecidamente respetados de la clase superior, personas que han hecho una gran contribución al mundo. En cada profesión, hay personas superiores y brillantes, que han llegado a la cima en virtud de sus méritos, y de cuyo liderazgo a menudo surgen grandes beneficios. Así pues, cada era tiene sus élites... y una relación compleja con ellas.

Este libro tampoco es un texto para los teóricos de la conspiración. Creo firmemente que algunas de las redes existentes entre las personas más poderosas del mundo han permitido que un reducidísimo grupo configure el sistema global, y a menudo establezca los términos de nuestras discusiones sobre dicho sistema. Pero también he sido testigo de suficientes conversaciones y reuniones secretas de los poderosos del mundo para saber que es difícil hablar de la existencia de una conspiración. En realidad, estas élites están divididas por discrepancias y se enfrentan a la imposibilidad práctica de la mayoría de las conspiraciones; las viejas fantasías acerca del dominio del mundo simplemente no tienen sentido.

Durante el proceso de escritura de este libro, he consultado y analizado un gran número de teorías sobre las personas que dirigen el mundo y sobre los rumores que circulan en torno a los cón-

claves de la clase superior como las reuniones cumbres de Davos, Bilderberg, el Club Bohemian Grove y la Comisión Trilateral. Desde luego, no pretendo ignorar que estas conspiraciones globales existen. Como dijo John Lehman, ex secretario de Marina de Estados Unidos, en una oportunidad, «el poder corrompe. El poder absoluto parece algo muy limpio». Almorzando con Eduard Shevardnadze poco después de que cesara en sus funciones como ministro de Asuntos Exteriores de la ex Unión Soviética, expresó, desenfadadamente, una idea similar. El colapso de la URSS ya se había producido y él se sentía aparentemente aliviado por eso. Parecía relajado y locuaz mientras disfrutaba de una buena comida en Windows on the World, el restaurante que se encontraba en el último piso del World Trade Center de Manhattan. Entonces surgió una discusión sobre el poder y el abuso de poder. Después de un rato, Shevardnadze ya no se sintió obligado a expresar sus palabras en términos diplomáticos y dijo: «¿Sabe?, yo sé algo sobre el totalitarismo. He sido un gobernante totalitario. Tengo que admitirlo, fue un buen cometido mientras duró». Todos se rieron, y poco después Shevardnadze abrazó la causa democrática para convertirse en presidente de la República de Georgia, donde gobernó nuevamente durante muchos años.

Como judío, siempre he acariciado en el fondo de mi ser la vieja idea de una conspiración judía mundial. Imaginaba que no había tantos judíos, y que si teníamos suficiente control, era muy probable que pudiera asegurarme una posición respetable en el contexto interno de la maquinaria de dominio mundial. (Tenía un amigo que solía afirmar que tal conspiración realmente existía, y que él era responsable de los precios globales del cinc.) Sin embargo, que yo sepa, o bien tal conspiración no existe, o bien he sido víctima de algún tipo de discriminación especial contra los judíos de Nueva Jersey (o contra los judíos que fuéramos incapaces de mantener la conspiración en secreto, si estuviéramos comprometidos en ella). Siempre me asombra cuando la gente intenta afirmar que, de algún modo, los judíos llevan la batuta, cuando los

acontecimientos de los últimos milenios de la historia judía incluyen el exilio, la Inquisición, el Holocausto, la adquisición de una diminuta nación desértica rodeada de enemigos, y el odio y abuso más o menos implacable. Si, en realidad, tuviéramos ese poder, seguramente podríamos haberlo usado mejor en todos los sentidos.

Dejando al margen las extravagantes e insidiosas teorías de las camarillas y maquinaciones, debemos reconocer que se está gestando algo nuevo: un enorme desequilibrio en la distribución global del poder que concentra una gran influencia entre los grupos informales de élites. Estas élites a menudo trascienden o suplantán a las instituciones del pasado: los Gobiernos nacionales, los sistemas legales que no pueden avanzar al mismo paso que las realidades globales, e incluso los esfuerzos más serios pero incompletos del último medio siglo en la creación de organizaciones multinacionales eficaces. En el centro de esta nueva realidad están los miembros de la clase superior, de la «superclase», personas cuyas decisiones cotidianas redistribuyen los activos masivos entre los mercados; crean, desplazan o eliminan empleos en todo el mundo; determinan la viabilidad de los programas de gobierno, y a veces de los Gobiernos; y también cumplen un papel crucial en la definición de la era global, dado que muchas de las instituciones que en el pasado desempeñaron ese papel de liderazgo ya no pueden cumplirlo porque se han tornado débiles u obsoletas, y son poco adecuadas para la tarea. Además, debido a su influencia, estas personas como grupo desempeñan un papel importante en la definición de las tendencias de nuestra época: determinan qué puntos de vista son aceptables y cuáles no, y cuáles son nuestras prioridades. A menudo, la influencia de esta clase superior transnacional se amplifica con los miembros que actúan en grupos unidos por acuerdos comerciales, juntas empresariales, flujos de inversión, sistemas de formación compartidos, asociaciones, y otros innumerables lazos que, si bien no los transforman en camarillas de leyenda, al menos los convierten en grupos que promueven sus propios intereses.

Para evitar las abstracciones de la teoría política y las simplificaciones y disparates asociados con las fantasías de conspiraciones secretas, es necesario que relate esta historia como algo que concierne a las personas. Y para comprender el impacto de la clase superior, tenemos que comprender quiénes son realmente sus miembros. Esto incluyó entrevistas a más de cien líderes internacionales en los Gobiernos, la empresa, el ejército, los medios de comunicación y la religión, así como una profunda investigación sobre las historias de otros cientos de líderes. Con ese fin, hicimos un censo (la lista antes mencionada), donde se consideraron las diferentes características de las aproximadamente 6.000 personas seleccionadas del grupo: su sexo, sus antecedentes nacionales, dónde se educaron, sus diferentes afiliaciones y su riqueza personal. A través de las entrevistas efectuadas y de la información básica que he reunido, puedo describir cómo es el grupo hoy y cómo es probable que sea en el futuro.

Desde luego, ningún análisis semejante es posible sólo en el limitado lapso que requiere escribir un libro. Este libro es tanto una consecuencia de mis experiencias de vida como de los dos años invertidos en la investigación específica. A lo largo de mi carrera me he encontrado con miembros de esta clase superior y con aquellos que aspiraban a serlo. De hecho, mis dos primeros empleos incluyeron trabajar para un prominente financiero de Wall Street, y más tarde para un miembro del Congreso desde Brooklyn, Nueva York. Ambos eran aspirantes a la clase superior, pero, dado que el financiero estaba satisfecho con el mero hecho de ser muy rico y el congresista era mejor como funcionario ejecutivo que como político, ninguno de ellos ascendió a las primeras filas de la influencia global, si bien me permitieron conocer a muchos que lo habían logrado. Posteriormente, trabajé durante un tiempo en la televisión y luego en una serie de publicaciones: *Financial World*, *Institutional Investor*, *CEO Magazine*, y los periódicos *Emerging Markets* (publicados por una compañía de la cual yo era cofundador, International Media Partners). Estába-

mos en medio de un auge financiero, y tuve la oportunidad de llegar a conocer a muchos de los principales líderes de la comunidad financiera, el grupo que estaba a la vanguardia de la globalización. Detrás de la escena, era evidente que estas personas influían en todo, desde cómo se cotizaban las monedas en el mundo hasta qué candidatos políticos tendrían suficientes fondos para sus campañas presidenciales. Las personas que conocí en esa época incluían a los titanes de las finanzas que estaban destinados a la grandeza, como el futuro consejero delegado de Blackstone, Steve Schwarzman, y el futuro alcalde de la ciudad de Nueva York, Mike Bloomberg; algunas personas que más tarde actuaron al margen de la ley, como Michael Milken e Ivan Boesky; los padrinos de la globalización, como el consejero delegado de Citibank, Walter Wriston, y el presidente del Chase Manhattan Bank, David Rockefeller; y muchos otros en Londres, Tokio, Fráncfort, París y otras capitales financieras.

En International Media Partners (IMP) publicábamos periódicos que cubrían las grandes reuniones anuales de la comunidad financiera como la Asamblea Anual del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial, y las reuniones de los bancos de desarrollo regional. En estos eventos vimos cómo unos cien banqueros y ministros de Hacienda trabajaban juntos sobre los problemas financieros globales: sacaban de apuros a los países débiles durante el desayuno, formaban alianzas después del aperitivo y establecían acuerdos a la hora del cóctel. Desde luego, a veces también se nos recordaba cuál era nuestro lugar en ese momento. Recuerdo claramente cuando crucé la calle Cincuenta y nueve en una fría y lluviosa noche para asistir a una recepción en el Plaza Hotel ofrecida por el rey de Marruecos, Hassan II. La iluminación en el vestíbulo era de un suave tono dorado que favorecía a los invitados y apagaba el bullicio del hotel. Cuando entré en el pequeño salón de baile donde tenía lugar la recepción, vi a un grupo de personas formadas en fila, y junto al rey estaba el funcionario de protocolo que se inclinó discretamente hacia delante para preguntar mi nom-

bre. Dije: «David Rothkopf». Al parecer, no me oyó bien, pero sus ojos se iluminaron; se irguió un poco más y repitió con gran reverencia: «¿David Rockefeller?» Pronunció las últimas cuatro sílabas de modo que cada una parecía una palabra completa: «¿Rock-e-fell-er?» Me fastidiaba decepcionarlo (y también decepcionarme a mí mismo), pero respondí: «No, simplemente David Rothkopf». Dio un largo suspiro que terminó en un gimoteo. «Oh —dijo—. Su majestad, le presento al señor Rothberg».

Si bien en IMP también creamos los institutos de consejeros delegados, que coordinaban los eventos sobre temas globales para los directores ejecutivos de las grandes compañías, algunos de estos líderes empresariales estaban notoriamente orientados a la transacción, como pude ver durante una cena cuando estaba sentado entre el consejero delegado de un fabricante de aviones y el diputado Pat Schroeder, entonces el demócrata de más alto rango en la Comisión de Servicios Armados. El consejero delegado se inclinó por delante de mí para hablar con el diputado Schroeder. «Éste es el trato —dijo—. Quiero vender un avión a Moammar al-Gaddafi y él quiere comprar uno. Pero tenemos mandatos en vigor que no me permiten venderle aviones. El Gobierno de Estados Unidos quiere ver muerto a ese hombre. Por eso, he estado pensando que, si usted me ayuda a conseguir el permiso para venderle el avión, lo construiría con pernos explosivos que conectarían las alas con el fuselaje. Entonces, cuando él esté volando sobre el Mediterráneo, nosotros pulsaremos un botón y él habrá desaparecido. Yo hago mi venta y todos felices.» Su declaración fue tan franca que incluso el experimentado diputado Schroeder parecía desconcertado.

Este consejero delegado había amasado una fortuna pidiendo directamente lo que deseaba. No obstante, algunas de las personas que llegué a conocer en esas reuniones eran más sutiles. Una vez, durante una recepción que ofrecimos para el ex secretario de Estado Henry Kissinger, advertí que la mujer de un prominente diplomático salía furtivamente del salón. Cuando acudí

al salón de baile para la cena, observé que ella había reordenado todas las tarjetas en la mesa principal, cambiándonos de sitio a mí y a otros dos invitados (Hank Greenberg, el consejero delegado de AIG, y Fred Smith, el consejero delegado de FedEx), alejándonos de Kissinger de modo que ella y su esposo estuvieran sentados al lado de él.

Naturalmente, volví a ordenar las tarjetas para poder estar sentado junto a Kissinger, que siempre me había parecido una personalidad fascinante. Durante la cena, Kissinger me ignoró completamente. Conversó con las pocas personas de la mesa que le interesaban: Greenberg, Smith y el diplomático que estaba entre ellos. Esto fue enormemente frustrante. Había estado durante toda una cena con uno de los narradores más grandes del mundo, y no tuve ninguna historia para contar sobre ello. Finalmente, mientras se ponía de pie para pronunciar el discurso de sobremesa, se volvió hacia mí y con su famosa voz grave teutónica dijo:

—¿El señor Rothkopf?

Ansiosamente, respondí:

—Sí. —Era un momento fulgurante para mí.

—Permítame darle un consejo —dijo—. Cuando usted tiene un orador de sobremesa, es mejor eliminar el plato de ensalada.

Y con esas palabras se puso de pie e inició su discurso, a sabiendas de que nuestra cena excesivamente prolongada había agotado a su audiencia y que su único comentario había desalentado profundamente a su interlocutor de 32 años.

Un par de años más tarde trabajé para el Gobierno de Clinton como subsecretario asistente de comercio internacional. Una vez más, me encontré en un empleo que me permitió un contacto regular con ejecutivos de alto nivel, funcionarios superiores del Gobierno de Estados Unidos y otros líderes mundiales. Mientras procurábamos eliminar las barreras al comercio y asegurar el cumplimiento de las leyes comerciales, actuábamos como desenfadados promotores de la globalización empresarial, comprometidos en todo, desde ayudar a Raytheon a concretar un gran proyecto

tecnológico en Brasil, hasta apoyar a Exxon en el desarrollo de plataformas de petróleo y gas frente a las costas de Indonesia o ayudar a Boeing a obtener importantes contratos en Arabia Saudí.

Inmediatamente después de mi gestión en el Gobierno, me ofrecieron el puesto de consejero delegado de Kissinger Associates, la consultora internacional fundada y dirigida por el propio Kissinger. Era una pequeña compañía formada por Kissinger, yo mismo, un ex banquero, Alan Batkin, y un colega llamado L. Paul Bremer (Jerry para sus amigos), que más tarde ganaría fama y provocaría algunas polémicas como administrador de Estados Unidos en Irak. La oficina de Kissinger, y en realidad su vida, era como una «puerta giratoria» para la clase superior. Kissinger tenía una extraordinaria formación, era brillante y encantador, y poseía un magnetismo que fascinaba a la gente. Ya fuera que estuviera descansando en la casa de veraneo del consejero delegado de Asea Brown Boveri, o que invitara a una cena privada al consejero delegado de Gazprom, Kissinger era el maestro de ceremonias en cada ocasión. (¡Y siempre sabía cuántos platos servir en cada comida!)

Finalmente, me fui de Kissinger Associates para iniciar una compañía con Anthony Lake, que, como Kissinger, era un ex asesor de seguridad nacional de Estados Unidos. Juntos lanzamos una empresa llamada Intellibridge que utilizaba la tecnología de código abierto de la *web* para apoyar los esfuerzos de inteligencia de las compañías y organismos estatales. Si bien nuestro plan inicial era apoyar a las empresas, pronto empezamos a trabajar principalmente dentro de la comunidad de seguridad nacional de Estados Unidos. En esta empresa pasamos siete años negociando con los más altos oficiales de las fuerzas armadas de Estados Unidos: generales de división, capitanes generales y almirantes que podían contarse entre los mejores cargos gubernamentales en cuanto a inteligencia, creatividad y carácter. La empresa nos permitió tener una visión interna de la institución militar-industrial en Estados Unidos y en todo el mundo.

Después de vender Intellibridge, escribí un libro titulado *Running the World: The Inside Story of the National Security Council and the Architects of American Power* [El dominio del mundo: La historia interna del Consejo de Seguridad Nacional y los arquitectos del poder estadounidense]. Recurrí a las relaciones de mi época en Washington y conseguí entrevistar a más de 150 líderes de política exterior de Estados Unidos desde el Gobierno de Eisenhower. Se trata de un círculo notablemente cerrado, como señalé en el libro. Cada asesor de seguridad nacional de Estados Unidos había trabajado con o para Kissinger, o había trabajado con o para alguien que colaboraba con Kissinger. Muchos habían ido a las mismas universidades. Algunos tenían padres y hermanos en la misma línea de trabajo. La mayoría eran hombres blancos maduros, y había muy pocas mujeres. Una clásica minoría selecta.

Así llegué a este libro con una cantidad considerable de experiencia personal pertinente; una experiencia que me ha dado una perspectiva útil sobre el tejido conectivo de la clase superior global y me ha permitido conocer a los representantes del grupo de todos los sectores y de todas las regiones del mundo.

El hecho de haber llegado a la cúspide de la pirámide demuestra por qué muchos de los miembros de la clase superior son excepcionales. A menudo son brillantes, dinámicos y creativos. También son afortunados, y la mayoría lo sabe. Muchos son bastante dichosos. El dinero, que casi todas estas élites tienen en abundancia, no les garantiza la felicidad. Pero, como dijo Woody Allen en una oportunidad, «el dinero es mejor que la pobreza, aunque sólo sea por razones financieras». Es difícil no preferir la visión y energía de los mejores de entre ellos a la obstinada estrechez de ideas de muchos oportunistas políticos nacionales que a veces intentan ganar votos al atacarlos. Pero también muchos de los miembros de la clase superior son profundamente egoístas e ignoran al resto de las personas en el planeta. Un consejero delegado multimillonario, con quien tuve la oportunidad de conver-

sar, respondió a la idea de una clase superior con esta frase irónica: «Así es como debería ser. Lo único que yo cambiaría es lo que deberíamos tener... Yo debería tener... más poder». En su broma sugería que las cosas estaban funcionando mejor que nunca, a pesar de las enormes desigualdades globales en la distribución de la riqueza y el poder. Ni por un momento dudó si el éxito de su empresa debería haberle dado no sólo más dinero sino también más poder que a las otras personas. En realidad, pensaba que también había adquirido poder.

Hay muchos libros sobre la distribución desigual de la riqueza en el planeta, pero pocos sobre la distribución desigual del poder. Se han escrito libros sobre las teorías más lujuriosas y grotescamente atractivas de la influencia de las minorías selectas, pero pocos que aborden las realidades de las nuevas élites globales en rápida evolución. Conocer las características de este grupo es crucial para comprender la naturaleza de la era global y el futuro que estamos ofreciendo a nuestros hijos. Además, al examinar a este grupo, podemos cuestionar algunas de nuestras suposiciones, no sólo sobre cómo funciona el mundo sino también sobre cómo debería funcionar. Con un poco de suerte, incluso los miembros de la clase superior pueden apreciar esto y reconocer que los desequilibrios existentes no sólo son injustos, sino que también representan la amenaza más seria y profunda para sus intereses a largo plazo.

Desde luego, estas personas son realmente interesantes. Sus historias a menudo son más fascinantes que la prensa amarilla y otras ficciones que inspiran. Llegar a comprenderlas puede revelar mucho, como si fuera un microcosmos, acerca del mundo. Éste es un grupo suficientemente pequeño para poder concentrarnos en él, intentar comprender su situación y vislumbrar su perspectiva. De todos modos, podemos coincidir por un momento con las personas, como el ex primer ministro de una nación latinoamericana, que una vez viajó en un compartimento de primera clase de un vuelo transoceánico

para descubrir que estaba sentado junto a una mujer que había asistido al mismo jardín de infantes que uno de sus mejores amigos.

—El mundo es pequeño —dijo él.

—Sí —confirmó ella—, para los de arriba.

David Rothkopf
Bethesda, Maryland,
diciembre de 2007

Introducción

El desfile de la élite de poder

*Cualquier ciudad, aunque sea pequeña, está dividida en dos;
una es la ciudad del pobre, la otra es la ciudad del rico;
y una con otra están en guerra.*

PLATÓN, *LA REPÚBLICA*

El Gentiana es un pequeño restaurante que probablemente no merecería una segunda visita en cualquier otro pueblecito europeo. Es un establecimiento más bien tradicional. Sólo ligeramente más encantador que las tiendas sin gracia y los modestos hoteles que lo rodean. Un escaparate vecino ofrece una notable colección de navajas del ejército suizo, otro muestra cajas de chocolates, otro sombreros de piel y equipos de alpinismo. El restaurante se encuentra en un barrio agradable. Al lado de la puerta hay una pizarra con los platos del día, y en la planta baja se pueden sentar veinte personas si son al mismo tiempo bastante delgadas y bastante amigas. En el piso de arriba hay algunas pequeñas habitaciones para reuniones privadas, la mayor de las cuales tiene diez sillas distribuidas a cada lado de una larga y estrecha mesa. Su mayor encanto proviene de la sensación de cálida intimidad que produce la madera: la fachada de madera oscura, los suelos de madera oscura y las mesas de madera oscura. En realidad, a pesar de todo su encanto, sin duda no es un lugar apropiado para los que sufren de claustrofobia, como tampoco para las personas que sienten un temor excesivo a astillarse.

La razón para acudir al Gentiana es probar su *fondue*, especialmente su *fondue* de queso, que se sirve en generosas porciones que recuerdan la era previa a los cardiólogos. Mi esposa, Adrean, tiene una especial debilidad por la *fondue*, y cada año que asistimos a la reunión anual del Foro Económico Mundial en Davos vamos al Gentiana para su cumpleaños. Hacemos la reserva con mucha anticipación porque durante la semana de las reuniones de enero, cuando se congregan más de 2.000 líderes de empresas y Gobiernos de todo el mundo, conseguir una mesa en el Gentiana no es mucho más fácil que reservar un sitio en las tabernas de moda como Aragawa, en Tokio, Gordon Ramsay, en Londres, o Le Bernardin, en Nueva York. Pero tal vez lo más sorprendente es que, durante esa semana, la clientela en este humilde *bistrot* suizo es casi la misma que uno podría encontrar en los restaurantes más elegantes del mundo.

Desde luego, incluso durante esa semana, todavía hay algunas mesas en el Gentiana ocupadas por vecinos del pueblo. Un cliente habitual es un borracho parlanchín al que le gusta codearse con los consejeros delegados, los jefes de Estado y las estrellas del rock que se congregan allí como sardinas en lata, mientras con largos tenedores sumergen los trozos de pan en los recipientes de burbujeante *gruyère*. El cliente suizo sólo habla en el dialecto alemán a la multitud políglota que le rodea, y son pocos los que pueden comprenderlo. Aunque, a juzgar por su conducta, el observador casual no está seguro de si eso tiene que ver con el idioma que habla o con la cerveza local que bebe. Él sonríe y ellos sonríen, y la atmósfera general es placentera y relajada.

Una tarde, durante una visita reciente a Davos, mi esposa y yo caminábamos a buen paso por la acera para ir al Gentiana. Esto puede ser muy peligroso, porque los vecinos no quitan de las aceras ni la nieve ni el hielo, que acechan por todas partes. De hecho, los asistentes al Foro de Davos pueden ver con cierta regularidad a los presidentes de los bancos centrales o a los altos funcionarios del Fondo Monetario Internacional y a otros distinguidos hom-

bres y mujeres de mediana edad con costosos jerséis de cachemir, guantes de piel de becerro y abrigos de pieles políticamente incorrectas que se dan de bruces contra el suelo. Por lo tanto, caminamos con cautela pero con decisión, a sabiendas de que, en pocos minutos, nos íbamos a encontrar con nuestros amigos.

El clima era típico. Estaba nevando ligeramente y hacía mucho frío. Pero el seco aire alpino era tonificante y vigorizador. Conversamos sobre las reuniones, a quiénes habíamos visto y con quiénes esperábamos encontrarnos. Mientras caminábamos, hicimos involuntariamente lo que la mayoría de los visitantes hacen en este pequeño pueblo de montaña: miramos a las personas que pasaban a nuestro lado por la calle, tratando de determinar quiénes eran. (Debido a la naturaleza de Davos, con toda probabilidad eran «alguien».) Este ritual se facilita por el hecho de que todos en la reunión tienen que llevar una placa colgando de su cuello en todo momento. La placa se usa para pasar por los numerosos puestos de seguridad —en Davos hay al menos dos soldados y policías suizos por cada delegado que asiste a las reuniones—, inscribirse para las sesiones y hacer saber a todos quién es usted. Su nombre figura en la placa, junto con su fotografía y la organización que representa. Las personas suelen caminar con sus placas colgando para no tener que hurgar en sus bolsillos cada vez que entran o salen de los edificios o pasan por los puestos de seguridad. Esto rige para todos, excepto para las personas universalmente reconocibles, como Bill Clinton, Bill Gates, Tony Blair, Bono o Angelina Jolie. La placa de identificación es tan ubicua que podría llamarse el «descenso de Davos»: doble las rodillas ligeramente, eche un vistazo hacia abajo, calcule y lárguese pendiente abajo.

Después de salir del Centro de Congresos y caminar a lo largo de la calle principal de Davos, Promenade, nos cruzamos con Thierry Desmarest, el consejero delegado de Total; un pequeño grupo de catedráticos de Harvard; un alto ejecutivo de Saudi Aramco, y una mujer que arrastraba un trineo con sus dos pequeños hijos. (Era una mujer del pueblo y el trineo parecía expli-

car el motivo por el cual los vecinos no retiraban la nieve de las aceras.) Nos detuvimos por un instante para conversar con Tom Donohue, el consejero delegado de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, que casualmente era el jefe de mi esposa. Unos pasos más adelante nos paramos otra vez para charlar con un capitalista estadounidense nacido en la India con quien había hecho algunos negocios. Ésta era una situación típica. Un paseo de cinco minutos por el Promenade de Davos en el mes de enero ofrecía un desfile de líderes económicos de tres continentes.

Cuando estábamos a unas dos manzanas del Gentiana, me estaba quejando de que una de las conversaciones que más deseaba tener se había convertido en una serie frustrante de pequeños incidentes. El objetivo era tener una charla largo tiempo postergada con Paulo Coelho, el autor brasileño de *El alquimista* (1988). Coelho ha vendido más de cien millones de ejemplares de sus libros en todo el mundo y, después de Joanne K. Rowling, la autora de *Harry Potter*, es el segundo autor más vendido del planeta. También es uno de los pocos representantes culturales en Davos, una de las pocas personas que podrían ofrecer una perspectiva diferente sobre el espíritu del tiempo en Davos. Habíamos intentado reunirnos un año antes, pero, debido a una serie de contratiempos, no lo habíamos logrado. Finalmente nos citamos en Davos, pero todavía no lo había visto. ¿Qué esperaba de un hombre que vivía en el otro extremo del mundo y que estaba en constante movimiento, un brasileño que pasaba casi todo el tiempo en Europa y vendía muchos de sus libros en Rusia? Pensar que podíamos encontrarnos en el mismo lugar y al mismo tiempo parecía una aspiración desmedida. Y entonces: «¡Dios mío! —dijo una voz que no pude reconocer—, es usted».

Un hombre pequeñito con un sombrero de piel estaba mirando mi nombre en la placa de identificación. Tenía una perilla entrecana y me saludó como a un pariente al que no se ha visto en mucho tiempo. Era Coelho, que surgía casi milagrosamente de la niebla alpina, como si hubiera sido conjurado por nuestra conversación.

Después de caminar por la acera del Centro de Congresos —donde habíamos escuchado una conferencia de la canciller alemana Angela Merkel y los comentarios del magnate indio del acero Lakshmi Mittal— a través de la procesión de hombres y mujeres del gran mundo, y de encontrarnos con esta celebridad de la escena literaria global, fue evidente, una vez más, que Davos era realmente la encarnación de la aldea global de Marshall McLuhan. Era como el pequeño pueblo del planeta Tierra, o la aldea *Brigadoon** de la globalización una vez al año: una comunidad conectada con todas partes y, de un modo u otro, con todas las personas. En efecto, durante el curso de esta reunión, los ministros de Comercio se reúnen en una junta política para tratar de rescatar sin éxito las conversaciones sobre el comercio global. Los activistas de África se dan cita en el lugar con los ejecutivos empresariales y con los líderes políticos para conseguir fondos destinados a los programas de asistencia médica, mientras la discusión sobre el calentamiento global «sigue las tendencias dominantes» y los expertos tratan de convencer a los escépticos, en su mayor parte estadounidenses. En Davos se proponen diferentes soluciones para abordar todo, desde la ansiedad acerca de los inmigrantes a los problemas del terrorismo, que se presentan directamente a las personas que están en posición de llevarlas a cabo. Si para educar a un niño, como dice Hillary Clinton, se necesita un pueblo, éste parece ser el pueblo que se necesita para dirigir el mundo.

Coelho y yo nunca nos habíamos reunido, pero gracias a los prodigios de la era informática, nos comunicamos tanto a través del correo electrónico que nuestra conversación resultaba bastante familiar y entusiasta. Me propuso almorzar juntos, pero le expliqué que teníamos un compromiso previo en el Gentiana. Estaba ansioso de reunirme con él y concerté una cita para esa tarde en el Kongress Hotel.

* Comedia musical (1947) de Alan Jay Lerner y Frederick Loewe. Representa un lugar idílico fuera del tiempo y de la realidad. (*N. del T.*)

Durante los 35 años de su existencia, esta reunión cumbre había hecho algo más que transformar a Davos de una estación de esquí en un centro cosmopolita. Más que un lugar de reunión para las empresas, los Gobiernos, los medios de comunicación y los líderes internacionales de la cultura, Davos era entonces un símbolo del tejido que mantenía unido al mundo. En un sentido literal y figurado, era la cumbre de las cumbres. El concepto de lo que el politólogo Samuel Huntington llamó el «hombre de Davos» —el ciudadano global, el líder para quien las fronteras cada vez significan menos— describe una nueva clase de liderazgo de nuestra era.

Cuando Klaus Schwab la fundó en 1971, la organización que llegó a ser conocida como el Foro Económico Mundial tenía una misión más limitada. Estaba concentrada en reunir a los líderes empresariales europeos para una discusión sobre el destino económico algo incierto de Europa.

Para considerarlo en su debido contexto, recordemos que en 1971 Europa todavía estaba viviendo las secuelas de la Segunda Guerra Mundial y se encontraba en la primera línea de la guerra fría, y continuaba siendo la sede autoungida de la civilización, por encima de la Europa «moderna» de inclinaciones más modestas, menos imperiales y más pluralistas. De hecho, no fue hasta tres años más tarde que una de las grandes potencias coloniales de Europa, Portugal, otorgó la independencia a Guinea-Bissau, Angola y Mozambique. El Reino Unido, Irlanda y Dinamarca no se incorporaron a la Unión Europea hasta 1973. Si bien el Tratado de Roma había iniciado la creación del Mercado Común Europeo en 1957, eso ocurrió más de veinte años antes de que el Tratado de Maastricht institucionalizara la idea de un verdadero mercado único entre las naciones europeas. Cuando surgió el foro, Europa se encontraba claramente en una transición.

En esa época yo estaba en la escuela secundaria, y en la universidad cuando el Foro Económico Mundial empezó a organizarse, a fines de la década de los años setenta. Debo admitir que, en mi adolescencia, las conferencias internacionales no estimulaban mi

imaginación. En realidad, mi educación estaba profundamente influida por la visión occidental del mundo en esos tiempos, con una formación clásica basada en la supuesta superioridad de las ideas europeas, mientras la historia y contribuciones culturales de otras regiones eran consideradas exóticas y secundarias. En la Universidad de Columbia, era necesario seguir un «programa básico» que se desarrollaba en torno a dos cursos principales. El primero, Humanidades, era un estudio de las obras clásicas de la literatura. El segundo, Civilización contemporánea, estaba dedicado a las grandes obras de la filosofía política y disciplinas afines, desde los griegos hasta llegar a la era moderna. En una visión retrospectiva, los dos cursos fueron indudablemente el aspecto más destacable de mi formación, y eso quizá me ha beneficiado cada día de mi vida, desde entonces. (Por supuesto, en esa época no lo reconocía.) En Civilización contemporánea leíamos —a un ritmo alucinante y a veces embotador de un libro importante por semana— las obras de todos los filósofos y científicos (varones y de raza blanca), desde Platón hasta Descartes y Darwin. Cuando llegamos a Max Weber y otros analistas y críticos modernos, el programa llegó a ser más variado, con diferentes profesores que señalaban diferentes textos, aunque era más difícil coincidir con lo que ellos calificaban como lecturas esenciales. Una de las lecturas más populares en esa etapa del curso fue *La élite del poder*, de Charles Wright Mills, un libro de 1956 que analizaba la estructura del poder nacional en Estados Unidos.

Mills, antiguo profesor de sociología de la Universidad de Columbia, escribió el libro como un estudio sobre cómo funcionaba realmente Estados Unidos. Su argumento central era que en el escalón más alto de la empresa, el Gobierno y las fuerzas armadas, había un grupo notablemente pequeño y traslapado de personas con poder de decisión.

Esta «élite de poder» nacional estaba compuesta de hombres cuyas posiciones les permiten trascender los entornos comunes de los hombres y mujeres corrientes; tienen puestos que

les permiten tomar decisiones que tienen consecuencias importantes [...]. Están al mando de las principales jerarquías y organizaciones de la sociedad moderna. Gobiernan las grandes corporaciones. Manejan la maquinaria del Estado y reclaman sus prerrogativas. Dirigen la institución militar. Ocupan puestos de mando estratégico de la estructura social, en los cuales se centran los medios efectivos de poder y riqueza, y la celebridad de la cual disfrutaban.

Mills afirmaba que estas élites seguían líneas similares a las posiciones de privilegio, lo cual aseguraba que muchos de sus miembros homogéneos se conocieran entre sí. Además, los sectores a menudo se cruzaban: desde los altos cargos en el Gobierno hasta los puestos superiores en la empresa, desde el gabinete de la Casa Blanca hasta el salón de la junta directiva, desde los mandos militares hasta el liderazgo político, de una posición de gran responsabilidad a otra. Así pues, Mills sostenía que habían creado una especie de dirección entrelazada de Estados Unidos.

El libro de Mills era mucho más una crítica que una descripción de este grupo y del liderazgo de mediados de siglo en Estados Unidos. Analizaba, con minucioso detalle, la concentración del poder entre unas comparativamente pocas corporaciones y personas, y las múltiples conexiones de los líderes estadounidenses con las instituciones clave. Luego el libro entraba en la polémica y lamentaba la desproporcionada influencia de este grupo. Esto también lo ilustró uno de los hombres que indudablemente inspiraron muchos de los argumentos de Mills, el presidente Eisenhower. Ex comandante supremo de las fuerzas aliadas en Europa y ex presidente de la Universidad de Columbia, Eisenhower reflejó gran parte del espíritu de Mills en su discurso de despedida como presidente en 1961:

[La] conexión de una inmensa institución militar y de una gran industria militar es algo nuevo en la experiencia de Estados Unidos. La influencia total —económica, política e in-

cluso espiritual— se siente en todas las ciudades, en todas las cámaras legislativas de los estados y en todas las oficinas del Gobierno federal. Reconocemos la necesidad imperiosa de este desarrollo. Sin embargo, no debemos ignorar sus graves implicaciones. Nuestros esfuerzos, nuestros recursos y nuestros sustentos están todos involucrados; así es la verdadera estructura de nuestra sociedad.

En los consejos de Gobierno debemos tomar precauciones contra la adquisición de una influencia injustificada, ya sea buscada o no buscada por el complejo militar-industrial. Las posibilidades de un desastre causado por un poder desviado existen y persistirán.

Un aspecto menos recordado del discurso de Eisenhower es que contenía no una, sino dos advertencias cruciales. Mientras la primera y la más citada concernía al complejo militar-industrial, el presidente también expresó una inquietud equivalente sobre el surgimiento de lo que denominó la «élite científico-tecnológica». Sus inquietudes, como las de Mills, reflejan el clima intelectual, moral y cultural de los años cincuenta, cuando la memoria histórica predominante era de la Segunda Guerra Mundial, y cómo todos los esfuerzos políticos, financieros e industriales de Estados Unidos estuvieron supeditados a la meta de la victoria militar. El temor predominante del momento era que la tecnología actuara a ciegas, como se manifestaba en la creciente amenaza de una guerra termonuclear global.

Desde el discurso de Eisenhower en 1961, la innovación tecnológica no sólo ha fomentado el crecimiento sin precedentes de Estados Unidos, sino que ha proporcionado a las personas nuevas formas de poder; quizás incluso ha contribuido a la derrota del adversario de la guerra fría, ya que una sociedad cerrada no puede competir en la era de la información. Sin embargo, a pesar del gran poderío de la élite militar-industrial de Estados Unidos y de su capacidad de recuperación, los gastos en defensa y el potencial hu-

mano disponible se han reducido considerablemente desde la Segunda Guerra Mundial y los años de la guerra fría. En su discurso, Eisenhower habla de unos 3.500.000 efectivos militares; hoy las fuerzas armadas de Estados Unidos sólo tienen 1.500.000 hombres y mujeres (con casi un millón más en el servicio de reserva). También señala que en el momento de su discurso, el presupuesto militar del país superaba el ingreso neto total de todas las compañías estadounidenses. Hoy, si bien el presupuesto de defensa supera los 425.000 millones de dólares, solamente los ingresos de las cincuenta compañías más rentables de Estados Unidos superan esa cifra. En realidad, los ingresos sumados de sólo dos compañías, ExxonMobil y Wal-Mart, los superan en más del 50 por ciento. Sin lugar a dudas, el poder económico empresarial ha crecido de un modo espectacular.

El libro de Mills todavía se lee y es considerado una crítica clásica a la estructura de poder de Estados Unidos, pero también es evidente que el mundo ha cambiado profundamente en los cincuenta años transcurridos desde su publicación.

Mientras caminábamos por el Promenade de Davos haciendo cruzar la nieve después de un opíparo almuerzo rico en colesterol, observé la notable variedad de líderes mundiales y me asombró ver cuánto había cambiado desde la época de Mills. Evidentemente, la distribución del poder ha cambiado; no sólo se ha desplazado de Estados Unidos y de Europa, sino también de las naciones. Incluso un observador casual en Davos podía concluir que, si Mills hubiera escrito su obra hoy, habría desviado su atención de la élite nacional estadounidense hacia un fenómeno nuevo y más importante: el surgimiento de una élite de poder global, una clase superior que desempeña un papel similar en la jerarquía de la era global al papel que cumplió la élite del poder de Estados Unidos en los primeros diez años de esta nación como una superpotencia.

Las evidencias de esta nueva realidad son observables en los hoteles y cafés, y en las congeladas aceras de la calle principal de

Davos. Afortunadamente, enseguida divisé el Centro de Congresos. Era la puerta siguiente al hotel que Coelho había sugerido para nuestra reunión y, lo más importante, era un lugar cálido. Afuera la temperatura oscilaba en torno a los 15 °C bajo cero, y yo había perdido toda sensibilidad en mis extremidades. En la entrada había dos soldados suizos con uniformes negros y pistolas automáticas. Ambos sonreían y decían «Buenas tardes» a todos los que entraban; verificaron mi placa de identificación por segunda vez en cincuenta metros y me permitieron entrar en el edificio.

Había una antesala donde las personas generalmente se quitaban la nieve de sus zapatos, la antecámara de la élite global, seguida por un largo pasillo con filas de percheros y azafatas ocupadas en colgar los sombreros y las bufandas. En medio del pasillo, junto a los detectores de metales, estaban los guardias que dejaban entrar a las personas al vestíbulo principal del Centro de Congresos. A juzgar por las placas, en ese pasillo me crucé con personas de al menos veinte naciones. Casi todas hablaban inglés. Casi todas vestían de un modo similar: un abrigo oscuro y un traje o *blazer* hecho a la medida (incluso los rusos, que sólo tres o cuatro años antes solían usar trajes de gabardina brillante). La mayor parte de las mujeres presentes sólo estaban cumpliendo su papel de esposas, pero entre los delegados había un número todavía reducido pero cada vez mayor de mujeres.

Generalmente, todas las personas, los consejeros delegados o los funcionarios de gobierno, los académicos o la gente de los medios se abrazaban, se estrechaban las manos y se saludaban como viejos camaradas. Durante tantos años yendo a Davos y a otras reuniones similares en todo el mundo, hice muchas conexiones y amistades dentro de esta minoría selecta. Al escuchar las observaciones de las personas en Davos, resultaba evidente que esta élite global había establecido estrechos lazos y se había convertido en una comunidad por sí misma. Mark Malloch Brown, el ex vicesecretario general de las Naciones Unidas y ahora funcionario del

Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno británico, recordó una recepción del Foro que tuvo lugar en la ciudad de Nueva York, poco después del fatídico 11 de septiembre: «Mientras mi esposa y yo atravesábamos ese salón saludando a nuestros amigos, nos miramos, meneamos nuestras cabezas y nos preguntamos: “¿Qué nos ha pasado, estamos en una reunión del Foro y conocemos a más personas que cuando nos paseamos por el parque en la ciudad donde vivimos?”»

Al observar el guardarropa en las reuniones de la clase superior, uno tenía la impresión de que, si bien Davos era en sí mismo un pequeño pueblo aislado en la cima de una montaña, la diminuta comunidad insular que se congregaba cada año en ese sitio tenía muchas cosas en común: a pesar de las diferencias en sus lugares de origen, los miembros de la élite de Davos compartían más cosas entre sí que con aquellos que no vivían en esas altitudes. Un ex funcionario de alto rango de Estados Unidos confirmó esta observación. «Creo que lo que está sucediendo tiene que ver con la propia identidad de este grupo —me dijo—. Son más leales a Davos y a su comunidad que a las personas de su nación.»

Algo significativo está ocurriendo entre los poderosos. Siempre han existido las élites nacionales, como la «élite del poder» de Mills en Estados Unidos. Siempre ha habido conexiones entre las élites de las diferentes naciones, pero generalmente eran «relaciones exteriores», conexiones entre centros de poder distantes, alianzas discretas entre soberanos. Pero desde hace algunos decenios se ha estado formando una nueva comunidad, al mismo tiempo que las economías se extienden más allá de las fronteras, las entidades globales proliferan y el mundo, cómo no, se hace más plano.

Uno de los primeros que observó este fenómeno fue el ex director ejecutivo de Citibank, Walter Wriston, un verdadero visionario de la globalización y de la era de la información. El influyente y premonitorio ensayo de Wriston, *The Twilight of Sovereignty* [El crepúsculo de la soberanía], se publicó durante el año de lanzamiento de la World Wide Web (www) en 1991. En él,

Wriston escribió que «aquellos que participan plenamente en la economía de la información son los que más se benefician de ella [...]. Sentirán más afinidad con sus colegas interlocutores globales que con aquellos compatriotas que todavía no son parte de la conversación global».

Un par de años después, Christopher Lasch hizo una observación similar en *La rebelión de las élites y la traición de la democracia*:

El mercado en el cual operan las nuevas élites es ahora de alcance internacional. Sus fortunas están ligadas a empresas que operan más allá de las fronteras nacionales. Se preocupan más por el funcionamiento armonioso del sistema en su conjunto que por el funcionamiento de alguna de sus partes. Sus lealtades —si el término no resulta anacrónico en este contexto— son internacionales más que regionales, nacionales o locales. Tienen más en común con sus homólogos en Hong Kong o Bruselas que con las masas de norteamericanos todavía no conectadas a la red de comunicaciones globales.

En realidad, durante los últimos años, esta observación particular ha llegado a ser bastante común. Si bien Wriston aceptó la idea desde la perspectiva de un protoglobalista, han surgido teorías similares de críticos de la globalización que se sienten amenazados por el advenimiento de esta nueva clase sin nacionalidad. Ellos ven a este grupo internacional como una amenaza para las diferentes comunidades nacionales, desde las élites de poder local hasta las personas privadas de derechos y privilegios que ellos consideran más afectadas por las iniciativas de los órganos globales con poder de decisión. Jeff Faux, un estadounidense escéptico con respecto a la eficacia del libre comercio, da un ejemplo de ello en su libro *The Global Class War* [La guerra de la clase global], que describe un hecho revelador: después de oír a un promotor gubernamental del Tratado de Libre Comercio de Améri-

ca del Norte (TLC) [TLCAN], que aconsejaba su promulgación porque el presidente de México en esa época era «uno de nosotros», en virtud de su formación en la Universidad de Harvard, Faux escribe: «Entonces comprendí que la globalización no sólo estaba produciendo un mercado sin fronteras, sino también un sistema de clases sin fronteras». Y luego concluye: «Los mercados dentro de las naciones producen inevitablemente grupos de personas que tienen más dinero y poder que otras. Así pues, sería improbable que los mercados globales no crearan una clase superior internacional de personas cuyos intereses económicos tuvieran más en común unos con otros que con la mayoría de los ciudadanos que comparten su nacionalidad».

Si bien estoy en desacuerdo con algunos de los argumentos anticomerciales y antiglobalistas más extremos de Faux, sus inquietudes acerca de los trastornos provocados por la globalización son tan legítimas como su intención de atribuirlos a los nuevos líderes globales. (Él llama «el partido de Davos» al grupo de actores políticos que promueve esta visión de la élite internacional.) Al identificar esta coalición en los asuntos de interés mutuo de la clase superior, Faux y otros reconocen que algo nuevo está ocurriendo. Como observó el príncipe Turki Al-Faisal, ex embajador de Arabia Saudí educado en Estados Unidos: «Creo que el problema de las élites es un problema histórico. No es algo particular de estos tiempos. Pienso que desde la creación de la humanidad, ya sea que uno crea en la religión revelada o en la teoría de Darwin, siempre ha existido una élite que parecía estar a cargo de las cosas de un modo u otro. Pero ahora —dijo después de una pausa de reflexión—, ahora es muy diferente..., ha surgido un tipo diferente de relación. Y algo muy importante pero no bien comprendido».

El advenimiento de una élite de poder diferente, global, era imprevisible para Mills hace cincuenta años. Todavía estaba impresionado por la desintegración de un país basado en pequeñas ciudades y preocupado por el hecho de que las empresas modes-

tas y las fincas familiares habían perdido importancia frente a las grandes corporaciones y las figuras políticas con influencia nacional. Si le preocupaba que este poder concentrado no fuera saludable para la democracia estadounidense, sólo podemos imaginar cómo podría haber reaccionado frente al surgimiento de una élite sin nacionalidad: una élite que ocupa un campo de operaciones global y que, en su mayor parte, no está regida por los Gobiernos ni por la ley.

Sin duda, hay otros que están preocupados por el advenimiento de este grupo: los populistas y los nacionalistas como Hugo Chávez y Evo Morales, en América Latina; Vladimir Putin, en Rusia; Mahmud Ahmadineyad, en Irán; Jörg Haider, en Austria; Jean-Marie Le Pen, en Francia, o los presentadores norteamericanos de la televisión Lou Dobbs y Pat Buchanan, que regularmente conjuran la amenaza planteada por la camarilla global de los ricos y poderosos que han perdido contacto con sus naciones de origen y sólo actúan en nombre de sus intereses y codicia personales. Dado que esta camarilla global carece de vínculos nacionales, es inevitablemente antipatriótica para los críticos más extremos. Esto significa una amenaza para la cultura, la tradición y la soberanía nacional. Para estas personas, Davos es mucho más que una conferencia empresarial, es un campo enemigo: el lugar donde los generales de la globalización traman sus conquistas. Durante miles de años, cada cultura ha asociado tan diligentemente los conceptos de nación y de Dios que aquellos que trascienden los intereses de la nación o de la comunidad son considerados sospechosos de blasfemia, o asociados con fuerzas siniestras. Para muchos, la globalización era y es occidentalización o, peor aún, norteamericanización, lo cual a su vez se relaciona con el sionismo y las viejas amenazas de conspiración judía. Irónicamente, para algunos el colapso de las fronteras y las barreras culturales evoca la propagación del islam. Y para otros, como Dobbs y Buchanan, se trata de la latinización de Estados Unidos y la pérdida de su identidad «anglosajona». Desde este punto de vista, las identidades nacionales están

bajo asedio. Finalmente, muchas personas en los países en desarrollo creen que los mandatos del Fondo Monetario Internacional o de la Organización Mundial del Comercio parecen destinados a proteger los intereses de los ricos e invocar el espectro del Imperialismo 2.0, un neocolonialismo supervisado por los virreyes empresariales, donde Internet homogeneiza a los jóvenes y convierte a todos en un engranaje capitalista materialista dentro del mecanismo de relojería global.

En la época de Mills, en el punto culminante de la lucha entre el capitalismo y el comunismo, cuando las ideas socialistas se consideraban de buen tono en el ámbito académico estadounidense porque representaban el ataque más directo a la clase dirigente, el estudio de las élites no sólo era un imperativo de la ciencia social, esencial para comprender cómo funcionaban las sociedades, sino también un examen de la idea básica del marxismo: la lucha de clases. Después de todo, Marx había dicho al comienzo del *Manifiesto comunista*:

La historia de todas las sociedades existentes hasta ahora es la historia de las luchas de clases.

El hombre libre y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el señor y el siervo, el maestro artesano y el obrero, en una palabra, el opresor y el oprimido, estaban en constante oposición el uno contra el otro, libraban una batalla ininterrumpida, a veces oculta, a veces abierta, una lucha que cada vez terminaba en una reconstitución revolucionaria de la sociedad en general, o en la ruina común de las clases contendientes.

En las primeras épocas de la historia, encontramos en casi todas partes una organización compleja de la sociedad en diferentes categorías, una notoria gradación de la jerarquía social. En la antigua Roma tenemos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros artesanos, obreros, aprendices y siervos; y en casi todas estas clases, nuevamente, gradaciones subordinadas.

Mills estaba viviendo en una sociedad que se distinguía de la sociedad de su adversario soviético por su rechazo de la idea de una lucha de clases y, en particular, por su afirmación de que había encontrado una solución: un camino a la sociedad sin distinción de clases a través del capitalismo, los mercados y, específicamente, a través de la noción de un trato igualitario a todos los ciudadanos bajo la ley. Desde luego, cuando Mills miraba a su alrededor, no podía ver nada semejante a una sociedad sin distinción de clases. Sin decirlo explícitamente, su estudio de las élites norteamericanas coincidía con la crítica marxista clásica: un puñado de familias controlaban la riqueza, un puñado de compañías controlaban los medios de producción, un puñado de líderes políticos y militares controlaban los resortes del poder, y estaban todos relacionados, a veces informalmente, a veces muy estrechamente, pero a menudo con el efecto de amplificar su poder y asegurar su posición. Y siempre con la consecuencia implícita de acrecentar la desigualdad dentro de la sociedad.

En resumen, el estudio de Mills sobre las élites estadounidenses a mediados del siglo XX era una exploración tácita de la dinámica que yace en el corazón del gran dilema mundial del momento: la elección entre capitalismo y comunismo; entre un sistema que todo lo subordina al arbitrio del Estado, que se suponía era un administrador que buscaba el mayor bien, y otro que identificaba la libertad del individuo como el motor central de búsqueda del bien dentro de una sociedad.

Ahora bien, las élites de Davos parecen encarnar el surgimiento de una nueva tensión o, más apropiadamente, de una tensión adicional. Cincuenta años después de Mills, parece que estas élites globales han generado una tensión entre la vieja idea, de casi 400 años, del Estado-nación como la unidad que define al Gobierno, y la nueva realidad de un mundo en el cual las naciones no sólo tienen menos influencia, sino que también están supeditadas tanto a necesidades transnacionales que están fuera de su alcance como a centros de poder transnacionales con programas internacionalistas o supranacionalistas.

La batalla entre el internacionalismo y el nacionalismo o entre el globalismo y el regionalismo no es una batalla sobre la redistribución de la riqueza sino sobre la redistribución de la soberanía y del poder. De hecho, Mills había visto la evidencia de las primeras fases de esta dinámica, incluso dentro del contexto de la realidad de la guerra fría, cuando observó que «a cada lado del mundo dividido, en el centro de Europa y en torno a las regiones asiáticas periféricas, hay un entrelazamiento cada vez mayor de las estructuras económicas, militares y políticas». Quizás a través de esta observación Mills dio a entender cómo las exigencias de la guerra fría habían contribuido a desarrollar las fuerzas globalizadoras (alianzas, comercio, lazos infraestructurales y vínculos institucionales) entre las partes de cada lado de la lucha Este-Oeste.

Sin embargo, aun cuando se admita que las élites actuales son diferentes de las estudiadas por Mills, varias de las preguntas centrales que él planteó y que intrigaban en su tiempo siguen siendo válidas. A pesar de las declaraciones opuestas que se hicieron inmediatamente después de la guerra fría, no hemos resuelto los debates centrales sobre cómo organizar nuestras sociedades. No hemos alcanzado, como escribió Francis Fukuyama, el «Fin de la Historia»: el consenso ideológico de que la visión liberal occidental del gobierno y de la vida económica es la mejor manera de organizar la sociedad. En ninguna parte esto fue más evidente que con el problema que provocó la división entre las corrientes dominantes del capitalismo y el marxismo: la distribución justa de la riqueza. En 2007, las discusiones en Davos abordaron problemas como la remuneración de los ejecutivos, y si era justo que el consejero delegado medio ganara 350 o 400 veces más que el empleado medio norteamericano. Otros, inspirados por las mejores intenciones, abordaron la difícil situación de los pobres del mundo que constituyen una enorme proporción con respecto a los más ricos del planeta, y consideraron el destino de los 3.000 millones de personas que sobreviven con menos de dos dólares diarios. La división va en aumento, y algunos ven la globalización como un

arma de doble filo: ofrece acelerar los beneficios para algunos, mientras a los otros se les dice que el proceso no tardará en beneficiar a sus hijos o a los hijos de sus hijos.

Desde luego, los conflictos entre las élites del mundo y todas las demás personas no son el único motivo por el que estos grupos están interesados. Saber quién se encuentra en la cima del orden social es esencial para comprender el poder, obtenerlo o combatirlo. También es irresistiblemente interesante descubrir quiénes entre nosotros son los que tienen más éxito y poder, y cómo se diferencian sus vidas de las nuestras. No fue sólo la desesperación del acosado Ricardo II de Shakespeare lo que le hizo decir: «En nombre de Dios, sentémonos en tierra y narremos tristes historias de reyes desaparecidos». Siempre hemos tenido una particular afición por las historias de reyes. La historia en sí misma es la historia de aquellos que han tenido más: más para perder, más para ganar, más poder y más *glamour*.

Las élites son dueñas de sus épocas, pero también son metáforas de ellas. Ilustran lo que es valioso, cómo se obtiene el éxito, y cómo se acumula y se ejerce el poder. Además, reflejan qué defectos toleramos en aquellos que están en la cima y qué defectos consideramos inaceptables. En realidad, las élites revelan cómo vemos a nuestras propias sociedades, y a lo largo de la historia hemos creado mitologías elaboradas para justificar y preservar los sistemas que ellas han construido o dirigido. Durante milenios, el poder ha sido visto como algo emanado del cielo, por un lado, y como algo que surge de la propiedad de la tierra, por el otro. Estas creencias han conducido a la aceptación de la meritocracia: de la ética protestante de Weber y del atractivo de llegar de la pobreza a la riqueza de Horatio Alger. ¿Qué tiene que decir la gente en Davos acerca de nuestra época? ¿Sobre cómo se diferencia de otras épocas? ¿Sobre qué cambios están por venir? ¿Cuál es la mitología actual? ¿Y qué dice acerca del resto de nosotros?

Después de charlar un rato y de recuperar la temperatura de mi cuerpo en el centro de reuniones, me dirigí deprisa a mi cita

de la tarde. El Kongress Hotel, adonde entonces me dirigía para encontrarme con Coelho, es uno de los mejores sitios para hospedarse cuando uno asiste a la reunión anual del Foro Económico Mundial. Es un lugar indudablemente sin pretensiones. Esto no sorprende en Davos, donde, además del tradicional «gran hotel» semejante al Belvedere, en el que se hospeda la mayoría de los funcionarios de Gobierno y los líderes de empresa, casi todos los hoteles tienen el aspecto modesto que cabe esperar en una estación de esquí de mediano nivel. En consecuencia, Davos impone cierto tipo de humildad a los personajes eminentes del mundo o, en el caso de los peores hoteles, incluso de humillación. Un funcionario latinoamericano con muchos años a cuestas se quejó de ser alojado en la cima de una montaña en un refugio para esquiadores, que requería usar un teleférico y un autobús para transportarlo, cuarenta y cinco minutos más tarde, hasta el Centro de Congresos. El presidente estadounidense de una prestigiosa ONG fue alojado en un hotel de una estrella y media que estaba en las proximidades de Klosters, el pueblo vecino de Davos. Algunas personas se rebelaban y acudían a Davos desde Zúrich, a tres horas de distancia, o, como hizo un jeque del golfo Pérsico, se trasladaban en helicóptero desde sitios mejores en otras partes. Dado que nuestras comodidades eran bastante limitadas, mi esposa y yo tratamos de imaginar que estábamos en contacto con los orígenes de Davos como destino para la recuperación de las personas afectadas por enfermedades pulmonares: literalmente, el lugar sobre el que Thomas Mann escribió *La montaña mágica* en 1924.

Desde luego, Mann no tenía ninguna idea de cuánta magia llegaría a tener la montaña. Eso fue evidente, una vez más, después de pasar a través del detector de metales y contemplar la febril actividad del vestíbulo en el Kongress Hotel. Un grupo selecto de mujeres envueltas en abrigos de visón, con elegantes y costosas joyas, se deslizaba con un aire un poco predatorio y francamente aterrador. Detrás de ellas venían sus maridos, un con-

junto de senadores de Estados Unidos que incluía a John McCain de Arizona. En el diminuto salón de tertulia, un grupo de funcionarios brasileños había acordonado el espacio de conferencia para la inminente llegada del presidente de Brasil, Luiz Inácio «Lula» da Silva, casi seguramente el único asistente de Davos en ese año que sólo había recibido una enseñanza primaria. Cerca de donde yo estaba en el salón, tenía lugar una animada discusión sobre la mejor iniciativa benéfica para reunir dinero destinado a la asistencia sanitaria de una ONG que operaba en África. (África había sido el tema de Davos durante el último par de años, gracias a los activistas de alto perfil como Bono, el serio compromiso de «mejorar el mundo» de Klaus Schwab y la presencia de personas del estilo de Angelina Jolie; aunque no había muchos líderes empresariales ni representantes de Gobiernos africanos.)

Pedí una Coca-Cola *light* y empecé a escuchar disimuladamente mientras esperaba a Coelho. Dos personas de una ONG estaban conversando, aparentemente con un donante potencial, y con insistencia y habilidad intentaban obtener de él algunos fondos. Uno de ellos mencionó la donación que el grupo de benefactores había hecho durante la reunión más reciente de la Iniciativa Global de Clinton (IGC), otro foro de alto nivel organizado en Nueva York por el ex presidente a fin de obtener apoyo para las causas internacionales importantes. Evidentemente, la IGC había introducido lo que muchos percibían como una tendencia «popular» del momento: la filantropía. En el evento de Clinton se habían reunido unos 7.000 millones de dólares, destinados a proyectos específicos relacionados principalmente con la salud global, la reducción de la pobreza y la educación.

En efecto, en la era de las grandes donaciones filantrópicas (como los 31.000 millones de dólares donados por Warren Buffett a la Fundación Gates), uno siente que el mayor problema que las élites globales intentan discutir —¿o prefieren discutir?— es su propia generosidad. La moda de la beneficencia es una cosa positiva. Pero ¿por qué está ocurriendo ahora? Esto podría estar rela-

cionado con el ciclo comercial: por ejemplo, en la era de Internet y de los fondos de cobertura, los millonarios y multimillonarios procuran ser más generosos con la esperanza de dejar un legado. Esto también se podría asociar con el ascenso y la caída cíclica de las élites: las élites de una época caracterizadas por fomentar el crecimiento de la desigualdad podrían intentar controlar el daño antes de que llegue la inevitable reacción violenta.

El crítico social estadounidense del siglo XIX Thorstein Veblen habría reconocido esta tendencia. El hombre que acuñó el término «consumo conspicuo» para explicar que los ricos gastan su dinero en ostentaciones, quizá sólo vio al menos un elemento de esto como una pieza del mismo paño. Probablemente observaría que, con todos los beneficios muy considerables que han aportado la IGC y Davos, el espíritu del tiempo, o al menos de los acontecimientos, también conduce a algunas de las élites del mundo a usar la «conciencia conspicua» como podrían usar un nuevo Rolex.

Coelho se presentó con puntualidad y se sentó a nuestra pequeña mesa. No podría haber sido confundido con los consejeros delegados y senadores en el salón, ya que deliberadamente había adoptado un estilo bohemio, con una bufanda de estridente color naranja enroscada al cuello, y su cabello entrecano cortado al ras, excepto en un pequeño rectángulo de pelo algo más largo en la nuca, que parecía ofrecer una especie de contrapunto a su perilla. Ex *hippie* y ex letrista de los principales compositores brasileños, Coelho es un hombre de otro tiempo y lugar en muchos aspectos. Parecía tan calmo y sincero que, como buen neoyorquino, enseguida empecé a pensar que su franqueza era un tipo de afectación, pero después de sólo unos minutos de conversación, constaté que él era realmente lo que aparentaba ser. En este sentido, tenía algo en común con los directores ejecutivos y los líderes de los Gobiernos presentes en el salón, que no necesitaban demostrar su éxito. Eso sucedía con Coelho, uno de los escritores más populares en la historia: cuando tienes cien millones de li-

bro vendidos y los Gobiernos nacionales y las organizaciones líderes te ofecen medallas, placas y otras chucherías que testimonian el prestigio profesional, sin duda no tienes que defenderte del mundo, como podrías haber hecho en otros tiempos.

Pero ¿cómo veía el funcionamiento interno del sistema ese *hippie* que había asistido a las diez últimas reuniones de Davos? ¿Se identificaría con otros miembros debido a su éxito e influencia? ¿O se sentiría como un intruso, un antropólogo que visitaba la aldea de los ultrapoderosos? ¿Cómo vería el autor de alegrías a este grupo que define la nueva estructura de poder de nuestro tiempo?

De un modo que no sorprendería a nadie que haya leído alguna de sus obras, Coelho empezó a describir Davos desde el punto de vista de su mitología. Dijo: «El mito clásico sobre Davos es que ellos están aquí para dividirse el pastel, para conseguir su porción. Pero ésa no es mi visión.

»Creo que en Davos hay dos niveles, hoy más que nunca, porque he estado viniendo aquí durante diez años. Uno es el nivel empresarial, que no lo entiendo completamente. Pero ellos tienen todo el dinero. Tienen poder. Es una razón para venir. Sin embargo, hay un segundo nivel, que es el nivel humano. Y éste es un aspecto cada vez más importante de la reunión. Crea una especie de concienciación constructiva. ¿Quién es usted? ¿Cuál es su identidad? ¿Usted es su compañía? ¿Usted es su nación? ¿Es algo más? ¿Es usted mismo? ¿Y cómo integra el hecho de ser usted mismo y ser lo que hace? Al final de la jornada, esto nos permite pasar de las discusiones políticas y las discusiones comerciales a lo que realmente creemos como seres humanos. Permite a las personas familiarizarse cada vez más con el aspecto humano. En efecto, tenemos una reunión de élite. Pero no para ordenar el mundo sino para vernos mutuamente.»

Los sociólogos como Mills y Weber habrían observado que, precisamente, esta interacción humana es la que integra de un modo más profundo al grupo convirtiéndolo en algo más que

una reunión casual entre iguales. La interacción humana permite que una comunidad de intereses sea capaz, a través de las relaciones y el conocimiento compartido, de manejarse y coordinar los subconjuntos del grupo para alcanzar las metas deseadas. Cuando insistí sobre este tema, Coelho se mostró un poco incómodo. Quizá dudó porque él participa en varias juntas y comisiones asociadas con el foro e intenta suavizar las críticas de los antiglobalistas y de los teóricos de la conspiración. Como un verdadero miembro de la élite de Davos, pretende sugerir que allí no hay ningún sistema, sino tan sólo personas que se conectan mutuamente.

Coelho aduce que, como humanista, más allá de la fachada de los sistemas él logra ver dentro de un mundo de relaciones típicas, como cualquier otro. Ofrece como un ejemplo la historia de una reunión con Bill Clinton durante el último año de su presidencia. Coelho fue invitado junto con una veintena de personas para conocer al presidente, y llegó a la hora convenida a un salón de conferencias donde se instaló, solitario, en un rincón apartado de una multitud de personas aparentemente importantes. De hecho, las personas eran tan importantes que el sistema debería haber excluido de esa reunión a un modesto escritor del Brasil. Se sintió humillado por sentirse tan ignorado y fuera de lugar.

Pero cuando Clinton entró en el salón, preguntó: «¿Quién de ustedes es Paulo Coelho?» Según lo describe el mismo Coelho, dijo: «“Soy yo, señor presidente”. Y luego todos me miraron y yo sonreí, y repentinamente me convertí en un amigo de todos ellos. Clinton se acercó a mí y dijo: “¿Hola, cómo está? Realmente deseaba conocerlo porque he leído su libro; mi hija me obligó a leerlo...” Y luego empezamos a conversar sobre los temas más surrealistas, como el trastorno físico [*jet lag*] que se experimenta después de un largo viaje en avión y cosas por el estilo. Las personas que nos rodeaban estaban esperando para hablar sobre el sistema, cómo iban a controlarlo y cuál sería la próxima medida, etc. Pero terminaron por sentarse allí y escucharnos a

Clinton y a mí conversar sobre el *jet lag*, y a partir de ese momento me trataron de un modo completamente diferente. Yo era uno de ellos».

Coelho me contó la historia para ilustrar la liberalidad del sistema y, sin duda, es un detalle revelador de cómo esta élite se diferencia de las antiguas élites aristocráticas. Aquí estaba un ex *hippie* brasileño autor de canciones, que había fracasado en su intento de hacerse sacerdote, reunido con el hijo de un hogar con problemas de la clase media baja de Arkansas. Dos hombres reunidos casualmente por sus logros en el pináculo del mundo, con un vínculo y un idioma común, con una influencia mutua y con varios millones de personas detrás de ellos. Pero, en realidad, la historia también ilustra el gran poder de la interacción de la élite que, a su vez, nos recuerda la famosa historia del joven que en el siglo XIX entra en la Bolsa de Valores de Nueva York para ver a J. P. Morgan y pedirle un préstamo. Morgan reflexiona sobre el pedido y luego dice: «Permítame ofrecerle algo igualmente valioso», apoya su brazo sobre el hombro del joven y camina con él por el salón de la Bolsa mientras conversan, transmitiendo con eso el mensaje de que el joven está bien conectado. El mismo hecho de la existencia del estatus crea un sistema donde aquellos que tienen una posición social y económica pueden transferirla a aquellos que los rodean, y determinar quién será elevado y quién no. El poder puede ser otorgado por elección.

La conversación de Coelho fluía como el viento a través de una bahía, cambiando con las nubes y la hora del día. Bebió su café y luego me ofreció otra historia. Es un aficionado al tiro con arco, dijo, y a menudo lo practica en un área montañosa, no muy lejos de su casa en la campiña francesa. Un día, mientras practicaba, se le acercó un soldado que pasaba por allí desde una base militar cercana. El soldado sonrió al advertir quién era Coelho y empezó a contarle una experiencia reciente cuando tuvo que hablar en una escuela local. «Fui a conversar con un grupo de alumnos —dijo—, y decidí preguntarles qué deseaban aprender. De modo que hicie-

ron una lista de preguntas y, para ser honrado, no sabía cómo responderlas. Por eso me alegra haberme encontrado con usted aquí, en esta colina. Quizá pueda ayudarme.» Coelho, curioso, le ofreció su ayuda y le preguntó cuáles eran las preguntas. El soldado respondió: «¿Hay un Dios? ¿Qué sucede después de morirnos? ¿Hay vida fuera de la Tierra? ¿Por qué las personas se odian? Y cosas por el estilo. Los problemas filosóficos que uno se plantea en la niñez y que todavía tenemos como adultos».

«Mi respuesta —explicó Coelho— fue ésta: “Necesitamos creer en un sistema. Necesitamos creer en poderes más elevados. El caos y el azar hacen la vida demasiado amenazadora, demasiado difícil de comprender. Por eso los seres humanos buscamos el orden en el universo”.» Mientras hablaba, descubrí más coincidencias con lo que Mills escribió cuando se preguntaba por qué las personas tenían diferentes perspectivas sobre la cuestión de la existencia de las élites:

La idea de que todo va a la deriva es, en gran parte, una proyección fatalista de la propia sensación de impotencia y quizá, si uno ha sido alguna vez un hombre de principios políticamente activo, un alivio de la propia culpa.

La idea de que toda la historia se debe a la conspiración de un conjunto de villanos fácilmente localizables, o de héroes, también es una proyección del esfuerzo que nos impone comprender cómo los cambios en la estructura de la sociedad abren oportunidades a las diferentes élites, y cómo las diferentes élites las aprovechan o las ignoran.

Aceptar uno u otro punto de vista —toda la historia como una conspiración o toda la historia como algo sin rumbo fijo— es evitar el esfuerzo de comprender las realidades del poder y los caminos del poderoso.

Para muchos, como Coelho, el orden proviene de la creencia en Dios y en un plan divino. Otros, porque tienen dudas

acerca de los poderes sobrenaturales o porque tratan de reforzarlos, encuentran cierto alivio en la idea de que alguien está a cargo de todo aquí en este mundo. En realidad, aceptamos el poder en los otros porque eso implica orden, porque sugiere que no somos nubes aleatorias de partículas subatómicas que rebotan unas contra otras y desaparecen sin ton ni son. En las épocas de grandes cambios e incertidumbre, como la importante transformación que ahora estamos experimentando mientras entramos en la era global, hay una mayor necesidad de lograr ese orden. Esta necesidad fundamental ha beneficiado a las personas ambiciosas durante toda la historia humana, ya que ellas la han traducido en la aceptación de su poder, a cambio de proporcionar orden y liderazgo.

Cuando terminó la reunión con Coelho, el presidente de Brasil se acercó y saludó cordialmente al más famoso escritor de su país. Todos charlamos durante un rato y, en el contexto de ese salón y de Davos en general, la conversación atrajo poca atención porque era algo muy similar a lo que ocurría en todas partes.

Mientras estuve allí, en nuestro pequeño rincón de ese modesto hotel en ese sitio aislado de Suiza que en otras circunstancias habría sido un lugar muy corriente, era difícil no advertir que esta comunidad de líderes formaba en verdad parte de algo excepcionalmente importante y diferente en la historia del mundo. Su existencia representaba cómo se había distribuido el poder entre las personas y las naciones, y era vital comprenderla porque estaba directamente conectada con el destino de cada hombre y cada mujer del planeta. Difamada por algunos, temida por otros y sólo vagamente comprendida incluso por sus miembros, esta nueva élite sobrepasaba en poder, recursos y, especialmente, en influencia global a todas las otras élites, a todos los reyes, emperadores y magnates de la industria que habían existido antes que ella.

Sus miembros constituyen la clase superior, la élite del poder global que está transformando el planeta. El propósito de este libro es intentar comprender mejor su influencia, las tendencias que le están dando forma y las consecuencias de su existencia para todos nosotros.